

en distintos horizontes las huellas de una posible genealogía de la minificción a la vez que muestran territorios ignotos por navegar. De esta manera se completa un círculo en el que los trabajos del volumen que han recorrido escenarios geográficos, culturales y lingüístico-literarios a la vez que cierra las Jornadas abren las puertas para futuras exploraciones en nuevos territorios.

Tanto por sus aspectos generales como particulares, la obra que comentamos es una valiosa contribución para el estudio y la investigación sobre las estructuras narrativas breves tanto por la cuidadosa selección de estudios como por sugerentes textos creativos antologados y ambos presentados en una cuidadosa e impecable edición.

ISABEL R. VERGARA
ANLE y The George Washington University

Julio Torri. *Obra completa* (edición de Serge I. Zaitzeff), México: FCE, 2011, 713 pp.

Sin duda, sólo por el gran número de páginas —¿713 páginas de Torri? ¿Pero es posible? ¿No era el rey de la brevedad, del rigor, o al menos de la procrastinación?— ya podría pensarse que esta edición nos deberá durar veinte, treinta años. Si entonces se siguen imprimiendo libros, o si aún se lee en algunas escuelas, habrán cambiado tanto las cosas que ahora mismo no podemos imaginarnos cómo será esa siguiente edición, esa siguiente forma de concebir, organizar, filtrar, presentar la obra de Torri. Es más: ¿declinará la estrella torriana? ¿La tendencia pasará por rechazar la *majestad de lo mínimo*, el *fetichismo de lo ínfimo*, las *exactitudes aterradoras*, y este descomunal Torri se cuarteará en una red nacional de bibliotecas reconvertida en salones de usos múltiples equipados con el *powerpoint* del momento? ¿Será en él demasiado el peso de lo canónico, le estorbará el consenso, lo hará torpe su asociación con palabras como Ateneo, vasconcelismo, filología, patria, donjuanismo, Menéndez Pelayo, terminará por hartar su carácter de *raro* casi oficial?

Puede también oponérsele algún reparo a esta edición. Para empezar, el tamaño: si ésta va a sustituir la clásica edición blanca de *Tres libros* o los aún más manejables *De fusilamientos* de Lecturas Mexicanas y *El ladrón de ataúdes* de los Cuadernos de la Gaceta, se

corre el riesgo de que Torri devenga puro objeto de estudio, de que ya no sea leído en pasillos, escaleras, horas muertas de oficinas, de que no se lo comparta siempre como un hallazgo, como el primer o último cómplice que se ríe de ese estudio o esa oficina antes de desvanecerse. Puede también preguntarse, ya en plan de engordar al más flaco de los ateneístas, por qué no incluir todo su epistolario —o al menos las partes más sustanciosas, como las cartas con Henríquez Ureña o el fantástico intercambio con Rafael Cabrera— en vez de únicamente el mantenido con Reyes. Y podría no faltar quien cuestione, con algo de razón y con mucho de rutina, la decisión de incluir textos torrianos inacabados, embrionarios o bien secamente protocolarios, cumplidores, en especial no tratándose de una edición para especialistas.

Sin embargo, los reparos se debilitan si se piensa esta *Obra completa* no sólo como una nueva puesta en circulación de Torri sino como un homenaje a su inventor. A principios de los setenta, si no antes, Serge Ivan Zaïtzeff comenzó a flirtear con las primeras décadas del siglo xx mexicano: en 1972 dio a conocer un estudio sobre Rafael López, y al año siguiente *La Venus de la Alameda*, una antología de crónicas del mismo López —nada desdeñables por cierto, más legibles según yo que sus poemas: merecerían reeditarse—, ofreciendo así la primera pieza de un rompecabezas que quizá el mismo Zaïtzeff aún no sabía que llegaría a existir, o en todo caso aún desconociendo que al final el rompecabezas enseñaría la cabeza afeitada, con ojos a media asta, de Julio Torri Máinez.

Aquí conviene dos aclaraciones: Zaïtzeff ha editado y comentado textos de otros autores, como Tablada, Pellicer o, sobre todo, Reyes. De Reyes ha entregado la mayor parte del epistolario hasta ahora conocido, complementando así la excepcional e inacabada labor de José Luis Martínez con la correspondencia específica entre Reyes y Henríquez Ureña. En lo editado por Zaïtzeff hay de todo, cartas protocolarias, meramente informativas y cartas muy sustanciosas (por ejemplo, la correspondencia con Genaro Estrada). Sin embargo, es claro que a Reyes no se necesitaba inventarlo, y a Torri sí. Y por cierto que, en las últimas décadas, pocas cosas han contribuido más a reinventar a Reyes que la categórica invención de Torri, su famoso *hermano diablo*.

Segunda aclaración: Zaïtzeff no descubrió a Torri. Y no me refiero a Villaurrutia o Cuesta, quienes lo leyeron prolongadamen-

te; tampoco a Arreola, el discípulo implícito que partió de la miniatura torriana “La feria” para confeccionar la propia y que, me gusta esta hipótesis, conoció en la biblioteca de Torri el realmente existente *El himen en México*, de Francisco Flores; ni mucho menos al primer y gran descubridor de Torri, el propio Reyes. Me refiero a quienes, en calidad de críticos, habían insistido ya en el valor de su obra minúscula, sobre todo Carballo y Monsiváis, descubridores de Torri para quienes ya no lo habían leído en sus escasas colaboraciones periodísticas o ya no habían sido sus alumnos en Filosofía y Letras.

Zaitzeff entre ellos. Comenzó su trabajo de invención con un artículo en 1978, “Julio Torri: originalidad y modernidad”, y siguió una labor enfebrecida, acaso inconsciente, insisto, del monstruo genial que estaba creando. Por una parte, con el rescate de inéditos o cuasi inéditos torrianos, cuartillas más numerosas que las que hasta entonces constituían la obra completa: *Diálogo de los libros*, *El ladrón de ataúdes*, los *Epistolarios* —que contienen, para mi gusto, las otras mejores páginas de Torri además de *Ensayos y poemas* y *De fusilamientos*— e incluso *Anywhere in the South*, las cartas de Esther R. Brown, la novia tejana que Torri conoció en la Escuela de Verano del vasconcelismo. Por otra parte, con la entrega de un estudio crítico propio —*El arte de Julio Torri*, que ahora se incluye como introducción a la *Obra completa*— y con la organización de la crítica más importante —*Julio Torri y la crítica* y *Julio Torri y la crítica en los años ochenta*—.

Y sin embargo ahí no concluyó la tarea creativa de Zaitzeff, que entonces habría resultado insuficiente. A la par, fue rescatando textos, notas perdidas, cartas, de otros escritores, como el fundamental Díaz Dufoo, el ancilar Gómez Robelo, el contrastante Silva y Aceves, o ese volumen clave para los fans de esta secta, los *Epistolarios* de Xavier Icaza, con lo cual, en suma, no sólo entregó lo que había que leer de Torri sino la forma de leerlo: le inventó, pues, un contexto de lectura, un escenario y una estantería donde los textos de Torri cobraban propiamente forma. El rompecabezas de Zaitzeff está completo.

GABRIEL WOLFSON
Universidad de las Américas, Puebla (UDLAP)